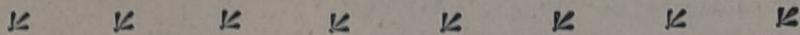


# EL CHARLOTISMO



piernas bruscamente y brinco del sillón en que estoy sentado; luego, sintiendo mi pobre carne herida por mis uñas, doy un sedante a mi dolor, pasando varias veces la palma de la mano a manera de fricción.

—No son las seis, me grité interiormente cuando levanté la cabeza y vi el reloj de nuevo.

—No son las seis; son las seis y cuarto...

En realidad, había pasado un cuarto de hora pensando inadvertidamente.

Me hendieron la imaginación pensamientos anteriores en forma tan inesperada, tan destellante como cuando el bólido hiende el espacio en la noche, y la resurrección de estos pensamientos, provocando en mí esa transitiva encandación de ideas como solemos sentir todos, me hizo precipitar al teléfono.

En qué pensaba en ese lapso de tiempo?..

.....

Pasaron tres días desde cuando hablé por teléfono con la mucama y le dije las iniciales de mi nombre para que las transmitiera a Raquel cuando regresara de la ciudad vecina; pero más tarde no me contuve; le dije todo mi nombre, siempre que no contara ni pizca a la mamá, lo que ella me prometió.

Eran las 2 y no había comenzado mi toilette para estar a las 3 en casa de Raquelita, como le prometí el jueves, en su llamamiento de teléfono. Pero, importa eso...

A las 3, (poco más), saludaba a su mamá, quien me presentó a una señorita, llamada Lucía, que fué a pasar la tarde a su casa.

Al poco rato saludé a Raquelita, y me dijo:

—¿Verdad que no me olvidaste, Adolfo?

—¡Ay! No sé qué me pasaba; me volvía loco; humo espeso se apoderaba, poco a poco, de todo mi encéfalo.

Mientras le tomé una mano y la acariciaba tiernamente con la otra, le dije, temblando y sonriendo:

—¡No, no! Yo no te he olvidado, te quiero más que antes, Raquelita; sí, te adoro, te idolatro... ¿Tú me quieres, tú vas a ser mía; tú me vas a esperar, verdad Raquelita?

Se levantó bruscamente y, mirándome fijo, sonrió.

Entraban su mamá y Lucía cuando ella me decía:

—Adolfo, Adolfo; no, no... A mí no me conviene...

Esa tarde me hubiera deshecho la cabeza a mazasos.

Estaba parando por dos días en el hotel de un pueblito vecino; asuntos de amistad con un viejo amigo me obligaron a la estada y hasta ahora mi vida ha corrido normalmente casi anémica. Dos años hace se casó Raquelita con un hombre serio y rico, a quien yo no conozco, y la casualidad nos une hoy en este hotel de este pueblito.

Leía tranquilamente un libro sin importancia; golpea mi puerta el chico del hotelero y me entrega un papel. En él leo: «Adolfo querido: Ven si es que todavía no me tienes rencor, si me guardas el afecto que antaño prometiste tenerme siempre. Necesito de ti, ven cuanto antes puedas. Tu Raquel».

No hice más que cambiarme el saco de vestir y salir hasta su departamento. Me recibió muy atenta y nos sentamos a conversar porque quería contarme todas sus desgracias y lo que ellas la habían mudado.

—Sí, Adolfo — me dijo — yo he comprendido, sí. Lo hubiera comprendido antes, pero no fui como tú; creía vulgarmente que todas las emociones del espíritu se movían al exterior, que el alma no tenía ni luz, ni sombra, como hoy siento sin tu amor. Te adoro,

Una revista de vanguardia «La Disque Vert» va a dedicar un número entero a Charlot después de haberle dedicado otro a Max Jacob, el ingeniero francés de más poética modernidad.

Yo he sido solicitado para escribir en ese número extraordinario y llevo muchos días irresoluto sin dar por terminada en mi mente la imagen de ese tipo de nuestra época que nos baila aun ante los ojos. ¿Y si vos «trompásemos» terriblemente?

Sin embargo se puede asegurar que ha existido el charlotismo como momento histórico del humorismo del planeta, como fase nueva de la luna humorística que somos en medio de los cielos.

Yo diría que el charlotismo es algo dotado de una mayor realidad que Charlot.

El charlotismo ha sido una especie de patosidad de la época, cansada de la compostura graciosa, de la formalidad en la ironía.

El infantilismo desganado a que se decidió la vida hace años, como nueva crisis de niñez de sus vejees lo encarnó Charlot como otros muchos pollos y horteras que correteaban por la vida.

Charlot apareció como el hortera rey, como el hortera en pleno domingo siempre, como el hortera atrevido y bailarín, un hortera que era al mismo tiempo que hortera titular de una carrera corta, quizás farmacéutico o ingeniero agrónomo.

El charlotismo ha sido una ráfaga de fantochada de la época de humorismo extravasado, de quiebra de la seriedad de burro que caracterizaba al mundo y ahora aun le caracteriza en gran parte.

El charlotismo es algo así como el baile de un hombre solo en medio de las vanidades y las fiestas engoladas del mundo. Con ese baile ha hecho un hombre solo una revolución de gran tribuno, una revolución que comienza ahora a ser interpretada y que se reanudará y seguirá su obra en los cuadros de un nuevo pintor, en las obras de un autor menos casurro que casi todos los que nos rodean, en las pantomimas de una compañía inédita.

Ese bailarín solitario como un polichinela *modern stil*, que se siluetea en la noche de nuestro tiempo, ha dejado su hongo puesto en los arbolillos de todos los viveros, en las altas veletas y en numerosos pesebreros de la vida.

El charlotismo es la burla ruda de nuestro tiempo sobre las plataformas que se mueven, en las cómicas subidas a los autobuses que no pueden parar ni un minuto, en las desopilaciones de los tes danzantes.

«Se acabó ese tipo», quiero decir Charlot y entrega a la quema por medio de la ironía su tipo de oficinista mediocre y presumido.

Charlot recogió, por decirlo así, las gracias abortadas de unos tipos azorados, tímidos, a los que nunca favorecen las circunstancias cuando se deciden a ser graciosos. Charlot distinguió la gracia cohonestada por la vida, la gracia aplastada, la gracia sin atrevimiento y realizó con toda desfachatez los movimientos incongruos que nadie se hu-

biera decidido a realizar, aunque eran su hormiguillo íntimo.

Charlot ha expuesto al mundo, compuesto por gentes que no son graciosas, los gestos patosos, atorallados, cohibidos, los gestos de los que se aprovechan de los descuidos y de las distracciones de los demás, para meter bulla y para meter el cuevo en las cosas.

Charlot es el gran niño mañoso de la humanidad, el niño que se retrasa en los hombres, el niño embarazoso que vuelve a surgir en las fiestas de

la vida, en las bodas, en los bautizos, en los bailes, entre el público bigotudo de todas esas fiestas.

Después, sobre esa culminación de un tipo de la época sobre la grisura y la inmoralidad de lo que no acierta a tener gracia, es el excéntrico de los circos, aplicado al largo viaje del cinematógrafo.

Pero la opinión sobre Charlot no puede ir seguida

y lógica como un estudio cualquiera. Para definirlo, hay que encender el cohete de las imágenes y que estalle en mil lucecitas desperdigadas. Veamos cómo:

Charlot, guardia de paisano, amburlante de correos en Carnaval, carboneo presumido, escritor en la noche del aniversario antes de vomitar de entusiasmo.

Silbante.  
Gracia farádica.  
Saltamonte cinematográfico.

Gran pálido. Pálido de mala educación, pálido de escepticismo, pálido de una gran comilona entre amigos la noche de un sábado, pálido de marco de autobús.

Muñeco de la calle, dotado de gomas súbitas.

Está siempre pensando cómo pasará a la acera de enfrente y pone el gesto de los clowns que han de subirse a una silla como si fuese el Himalaya.

(Acabará dando un terrón a sus zapatos para que se decidan a remontar la altura de la silla o de la escalera).

Es el gran distraído. El distraído sumo, el distraído en libertad, el distraído feroz.

Charlot es el pendonante siempre en las playas de la vida, dejándose los pies entre la arena, echando la carrera difícil en los momentos más enarenados de la vida, cuando la etiqueta es más obligada en el salón, cuando el parquet está más encerado y brilla con una luz interior de candilejas para la vida privada.

Charlot, mandolina loca, colehoneta desternillada, cobrador de trenes loco, viajero a pio detrás de los trenes que ya han salido, ultramarinero descompuesto porque se ha bebido las botellitas de muestra; máscara retrasada zangolotina y última de todos los carnavales; hombre pulido pintado con carboncillo, estrafalario mamarracho; soldado de paisano que hace reír a las criadas; lacayo de gracia pretenciosa que es el enamorado de las doncellas de las casas bien.

Rana galvanizada que un día se quemará sin corriente y ese día habrá muerto Charlot.



*Juan de la Serna*

Madrid, Enero 17 de 1924.

... producido en  
... rnador ha ten  
... os motivos en  
... de y altivo qu  
... ngénita de su  
... al que lo dom  
... más autoriza  
... limitarme a  
... prescindiend  
  
... lente: En esta  
... esta situación  
... ciones y para  
... oba, yo debo  
... de los señ  
... escuchan y  
... obra de es  
... ellos tienen  
... instituciones  
... ido conferida  
... ate; yo debo  
... adores que  
... ción que he  
... por aclamaci  
... blea, esta r  
... extrañeza ha  
... más y que ha  
... la desaparici  
... ental de uno  
... claros de la  
... aplausos).  
... ro, yo no pu  
... ite, que las  
... dor de la pr  
... fa lo dijo un  
... : «En política  
... nunciarse pa  
  
... de espíritu  
... do en el áni  
... s recientes  
... que acaba  
... lebe ser des  
... otismo y nu  
... franco y sin  
... ir colaboran  
... no. de que  
... todas sus c  
... deseos de  
... n, que hem  
... ciones debid  
... datario, al  
... y es en e  
... a mocion co  
... xposición.  
... señor presid  
... onsideración  
... daría exige.  
... n esta asam  
... ir susceptib  
... la autorid  
... sucesores de  
... contar con  
... todo el amb  
... mbre del do  
  
... presidente.  
... z con el se  
  
... M7 DE  
... 20.000.000  
  
... mediata de  
... anterior po  
... de dólares  
  
... con las no  
... uramente,  
... York la e  
... Negocios ar  
... banqueros  
... i Loeb, de  
... o de 20.00  
... meses de pl  
... á igual su  
... documentos  
... nuestro g  
  
... las instrucc  
... Espil está  
... r a los bar  
... los necesar  
... por valor  
... respondien  
... en el mes  
... o. p. env  
... 9.000.000  
... cará con e  
... del em